

Evocación de Federico

¿Cómo era Federico García Lorca? Esta pregunta ha sido contestada muchas veces, lo cual no deja de complicar, bastante, la respuesta. La verdad es que cada uno de sus amigos pensaba conocerle mejor que nadie; cada uno de sus amigos tenía su propio Federico: su Federico indispensable. Al correr de los años, mejor dicho, al correr de los días, la amistad y la personalidad de Federico se iban haciendo indispensables. Tal era su virtud. Por consiguiente, para evocarle ante vosotros creo que debemos desandar este camino: siguiendo la opinión de sus amigos, tendremos una imagen del Federico más cabal. Una impresión que se acerque bastante a la que hubiera podido darnos Federico en persona. Al fin y al cabo, las distintas opiniones se suman y darán a su imagen cierta objetividad. Aunque no sé si, en este caso, ser objetivos es lo mejor que podemos hacer.

Comenzaremos por la opinión de Pedro Salinas, uno de sus amigos predilectos al que cita Jorge Guillén. Habla del Federico de aquellos años, al parecer inolvidables, pasados en la Residencia del Pinar, y dice de este modo: «Con todos conversa, a todos abraza, con todos se regocija. El es uno más, uno de tantos. Pero ¡qué uno!» Pedro Salinas evoca ese hervor, ese bullicio, esa animación que levantaba su persona por donde iba. Se le sentía venir, mucho antes de que llegara; le anunciaban impalpables correos de cascabeles en el aire, como en las diligencias de su tierra. Cuando se había marchado, aún tardaba mucho en irse; seguía allí, rodeándonos aún de sus ecos, hasta que, de pronto, decía uno: «Pero ¿se ha ido ya Federico?» No es que se había ido: es que se había ahondado a nuestro alrededor. Con Federico todo terminaba siendo una cuestión de hondura. Igual que su poesía. El tenía la virtud de crear un ambiente en torno suyo, quiero decir, de convertir la atmósfera en ambiente y la distracción en alegría. Todos los que le conocían, y todos los que no le conocían, solían estar a su alrededor, pendientes de sus labios. Cualquier cosa que dijera se repetía después de boca en boca. En fin, se ha dicho muchas veces, y al parecer hay que seguirlo repitiendo, que la presencia de Federico era una permanente convocación a la alegría.

Comentando esta cualidad, dice Jorge Guillén unas palabras, muy precisas y muy hermosas, para explicar por qué razón la figura de Federico no despertaba envidia: «Sin embargo, tanta personalidad ocupaba mucho sitio. ¿Por qué no estorbaba y se hacía querer? Ahí estaba el quid. Aquella vida exaltaba la vida ajena; triunfante afirmación contagiosa, que se oponía a la disminución o negación del prójimo, arrastrado, también, hacia

una altura más hermosa. Por eso el interlocutor no se despedía, jamás, intimidado ni deprimido. A los pulmones de todos llegaba aquel soplo de júbilo que era Federico.» Yo puedo aseverar estas palabras de Guillén. Siempre que hablé con Federico, me sentía ascendido. Hablar con él era un ascenso. Ahora, por primera vez en la vida, encuentro clara esta expresión: era un ascenso hacia el recuerdo. La palabra de Federico le hacía crecer, y a ti también te hacía crecer. Convertida en memoria, no le dejaba en paz, no le dejaba quieto aún estando callado. Hablar le acrecentaba tanto hacia fuera como hacia dentro y, al escucharle, nosotros también crecíamos, es más, yo diría que viajábamos. Escucharle, por lo pronto, era hacer un viaje, del que estabas temiendo regresar. En el fondo, nunca se regresaba de aquel viaje que emprendías conversando con él. Algunas de las ciudades que he conocido a lo largo de mi vida, por ejemplo, Buenos Aires o Nueva York, me parecieron recordadas, cuando las conocí. Y era verdad que las recordaba: me las había contado Federico.

Las ciudades, las personas y las anécdotas de las que hablaba eran difíciles de olvidar. Ahora recuerdo una anécdota que he mencionado alguna vez. Recordar es un modo de agradecer, y ahora la estoy agradeciendo. Era una anécdota que atribuía a Silverio Francinetti, el siguirillero. En las anécdotas que contaba Federico, la imaginación estaba siempre pegada al hueso: por eso era lo mismo que fueran inventadas. Esta parece que no lo es. El caso es que a Silverio se le había muerto un hijo, que era todo lo que tenía. Al día siguiente vino un amigo a visitarle, y viéndole callar no se atrevió a decirle nada. En esos trances, cuanto más callada es la visita, más se agradece la compañía. A fuerza de callar, se pasaron, en un vuelo, tres horas. El visitante, entonces, dio su visita por terminada. Se levantó, dirigiéndose hacia la puerta. Silverio, al lado de él, era su sombra, nada más que su sombra. Ya con la puerta abierta, el visitante se volvió hacia Silverio para decirle sus únicas palabras de aquel día: «Qué, habrás sufrido mucho.» Y Silverio le contestó: «Fíjate lo que habré sufrido que me pasó la noche entera cantando siguirillas.» Y esto es todo. A veces escuchar equivale a caerte en el vacío. A veces, no acabas nunca de caer. Esta anécdota creo que me ha enseñado mucho sobre el cante flamenco. En realidad estoy seguro que me ha enseñado más de lo que sé.

Federico recitaba muy bien, recitaba como los ángeles. En aquellos tiempos la recitación era cosa de los recitadores, y punto en boca. Los poetas no se atrevían a recitar sus versos en público. Y, para que nadie se llame a engaño, pongo a Guillén por testigo, que ha escrito lo siguiente: «Yo le preguntaba en aquellos primeros años, heroicos y tímidos: “¿Y tú te atreves a recitar tus poemas?” Y él contestaba, como si tuviese los poemas sobre el corazón, golpeándose el pecho: “Sí, para defenderlos”». ¡Qué bien los defendía! Esta anécdota yo se la he visto repetir muchos años después. Más que una anécdota casual, representaba en él una actitud. Sabía, muy bien sabido, que sus versos, que eran buenísimos, recitándolos él se convertían en inmejorables. Era un placer oírle. Federico leía a veces libros enteros, en una sola noche, y cuanto más leía, mejor lo hacía. Es curioso, ahora recuerdo que, a pesar de ser tan gran actor Federico, no era gestero. Su rostro cambiaba de expresión, pero no se movía, se conmovía, sin alterar sus rasgos. Su rostro era un espejo, pero un espejo hacia dentro. Todas las mutaciones y todos los matices los expresaba con la voz. Una voz gruesa y redonda como un caudal de agua, una voz que no

tenía dureza en ninguno de sus registros. Aunque elevara el tono, parecía que te hablaba en voz baja, parecía que te hablara ensimismándote y ensimismándose. Propiamente no recitaba sus versos, los leía, dándole a cada palabra su valor, y a cada verso su sentido. Su lectura era tan espontánea que nunca repetía la entonación de un verso. Mientras que los leía nos daba la impresión de que estaba escribiéndolos. Era como asistir a un nacimiento. Sus propios versos le sorprendían. Se encontraba con ellos de repente, de sopetón, pues siempre hallaba en ellos matices nuevos. Recitaba tan bien que auscultaba sus versos. Contaba sus latidos, deteniéndose a veces, para que tú, también, pudieses auscultarlos. Su lectura era un acto de creación, y aunque estuviera en el escenario a cada espectador le parecía que estaba hablándole al oído.

Para continuar su evocación ante vosotros, que no tenéis la suerte de haberlo conocido, creo conveniente hablar de su estatura. Pues bien, lo primero que se me ocurre decir es que la estatura de Federico era imprevisible. Ya he dicho que crecía mientras hablaba, pero crecía, también, cuando estaba en el escenario. Creo que sería mejor decir que tenía la propiedad de cambiar de estatura, siempre que la ocasión se lo exigía.

No se me olvida nunca la representación que le vi hacer del auto de *La Vida es sueño*. Cuando cierro los ojos, sigo viéndola: está grabada en ellos. Al levantarse el telón, la escena representaba nada más y nada menos que la Creación del mundo. Federico era el actor que interpretaba el papel de la noche. Su traje era una vestidura negra y amplísima, que parecía llenarlo todo. Un traje que, propiamente hablando, era una obscuridad. Ya he dicho que al levantarse el telón Federico estaba, completamente inmóvil, en el primer término del escenario. Era anterior al mundo y, por lo tanto, se encontraba solo. El escenario y él. El escenario en penumbra, y Federico que, silenciosamente, avanzaba en principio un solo paso más, hasta que parecía quedarse suspendido en el aire. Entonces comenzaba a abrir los brazos, los alzó a compás del movimiento. Con mesura. Cada paso medido. De sus brazos colgaban vestiduras sombrías, que daban la impresión de que la noche iba invadiendo el mundo. Entonces, en un segundo movimiento, volvían a alzarse sus brazos hasta que se juntaban por encima de su cabeza, formando una figura gigantesca —una figura que llenaba el escenario— donde se concentraba toda la obscuridad de la noche en el mundo. A los espectadores nos cegaba la obscuridad, porque la obscuridad puede cegar tanto como el deslumbramiento. Todos los ojos fijos en él, llenos de asombro. Aquel deslumbramiento duraba mucho: era un instante inacabable. Cuando estábamos deslumbrados, Federico decía, muy lentamente y para siempre, las primeras palabras de la obra:

Yo fui pálida faz del Caos

Era como si hubiese hablado la Naturaleza con su voz. A partir de aquellas primeras palabras, se iba haciendo, gradualmente, la luz del alba en el escenario. La luz del alba, detrás de la figura de Federico, como naciendo de ella. Los espectadores estábamos asistiendo, asombrados, no sólo a la creación del primer día, sino también al primer día de la Creación. Olvidamos, generalmente, lo que debemos olvidar, y esto fue inolvidable. La ilusión que nos brinda el teatro no puede levantarse a más altura que la que daba Federico a aquella escena. Todo estaba naciendo con el día, todo estaba naciendo inventado por él.

Cuando estaba callado o, mejor dicho, cuando estaba sin hacer nada, la estatura de Federico debía medir uno setenta y seis. Mientras andaba se le juntaban un poco las rodillas. Un poco nada más. Pienso que le gustaba parecer más bajo de lo que era, ya que al andar disimulaba un poco la estatura. Yo diría que andaba siempre como secreteando, como jugando, de una manera muy graciosa. Incluso de una manera cinematográfica, entre Charlot y Buster Keaton, es decir, entre asustado y arrepentido de vivir. (La inocencia de Charlot vino más tarde). Era una época en que el cine ya comenzaba a ser la actualidad de todo. Recordemos el verso de Rafael Alberti:

Yo nací, respetadme, con el cine.

Lo que más nos imponía de su persona era, indudablemente, la cabeza. Una cabeza grande, cuadrada, majestuosa. En realidad podía decirse, con toda exactitud, que la cabeza le coronaba. Federico era un hombre coronado por su cabeza. Tenía esa cara campesina, de ojos negros, brillantes y metálicos, frente muy despejada, piel terrosa y rostro tallado a hachazos, que es muy frecuente en Andalucía. Era muy expresivo y en su expresividad se podían distinguir dos corrientes distintas: una exterior y otra interior. La exterior subrayaba la entrega al momento; la interior subrayaba la entrega a la vida. Las dos corrientes se completaban y al mismo tiempo se contraponían, para formar una especie de tradición. Por lo pronto representaban en su rostro la tradición de lo permanente y, al mismo tiempo, la tradición de lo actual. Lo que se vive no es igual que lo que se siente. Lo que se siente, a veces, se desvive, y un rostro es como un mapa: al desplegarse ante nosotros ¡cuántas cosas nos puede revelar! En el suyo se reflejaban solamente las cosas esenciales, y esto daba a su rostro aquella orientación hacia la alegría —la tradición de lo actual—, pero también aquella gran tristeza, la tristeza genuina y permanente del español. Lo profundo es lo originario, y por esta razón la profundidad no suele ser alegre. Ahora debo decir que su cabeza se asemejaba mucho a la de los dos grandes genios contemporáneos suyos: Picasso y Ortega y Gasset. Sus cabezas se parecían muchísimo. Las estoy recordando. Tenían el mismo aire. Un aire que ha llevado lo español en volandas por todo el mundo conocido.

Pero lo más interesante en él, lo más extraordinario, era aquella fusión entre su personalidad y su poesía. Estaban tan fundidas que cualquier cosa que él hiciera, la hacía como poeta. No lo podía evitar: se le transparentaba la poesía. Se le transparentaba en cualquier ocasión. Por ejemplo, se entregaba a lo que estaba haciendo de tal modo que nos hubiera impresionado, aunque estuviera recitándonos la tabla de multiplicar. Hacerlo todo bien, y hacerlo todo por vez primera, era un don que él tenía. Esta era su función en la vida: poner el alma en todo y, además, poner el alma de puntillas para sobrepasarse a sí mismo y llegar, cada instante, un poco más arriba. Era como un espejo donde el mundo se acrecentaba. Le estoy oyendo hablar cuando me dice: «La torre de Sevilla, la Giralda, está enjaezada como caballo en feria.» Si es cierto, lo estáis oyendo hablar, y el mundo se sigue acrecentando cuando él habla. El milagro de Federico se resume en lo que dije anteriormente, no puede resumirse de otro modo: en cualquier cosa que él hiciera se le transparentaba la poesía.